

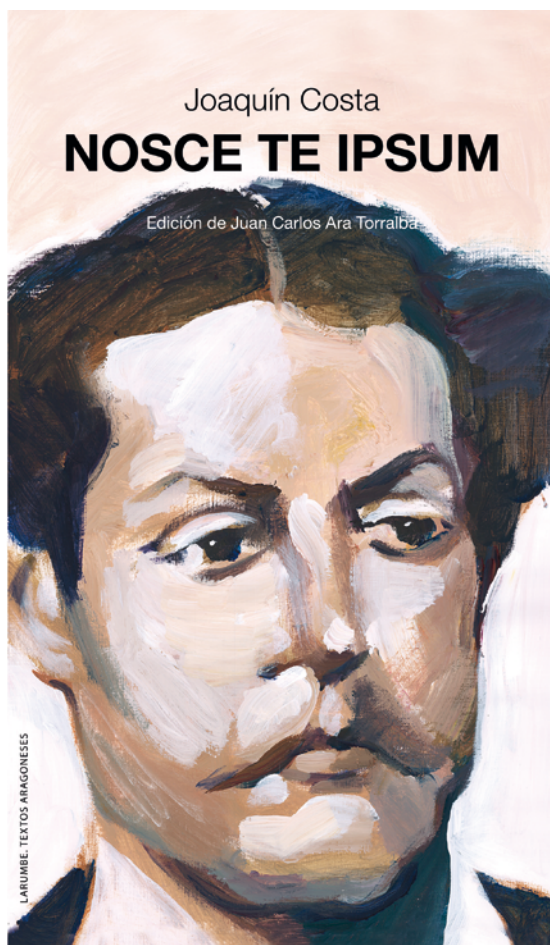
Reseña de *Nosce te ipsum y otros textos autobiográficos de juventud*, de Joaquín Costa (edición de Juan Carlos Ara Torralba)

JOSÉ DOMINGO DUEÑAS LORENTE

JOAQUÍN COSTA ÍNTIMO: “ESTE DESEO INFINITO DE SABER”

Pocos autores hay tan proclives como Joaquín Costa (1846-1911) a ser conmemorados en cada uno de sus aniversarios. Nunca muy leído, sí es recordado periódicamente por cualquiera de los fogonazos de su personalidad o de los destellos de su prosa. Así, entre los muchos acontecimientos que deparó la conmemoración del centenario de su muerte, posiblemente el de mayor alcance fuera la edición crítica de sus *Memorias* (2011), a cargo de Juan Carlos Ara Torralba. Las anotaciones manuscritas que George J. G. Cheyne (1972) mencionaba como *Diario* y que se han publicado finalmente bajo el título de *Memorias* —denominación usada por el propio autor— soportaron un silencio de más de ciento treinta años, pero conservan —y esto es lo más sorprendente— todo su vigor. Desde muy temprano, Costa configuró una prosa moderna, alejada del retoricismo decimonónico; se prodigó mediante un discurso confesional, de impecable proceder argumentativo, saturado de información sabiamente organizada. Diez años después de la celebración del centenario, en 2021, también Juan Carlos Ara recuperó nuevos textos personales y desconocidos del joven Costa. Tanto las *Memorias* como su *Nosce te ipsum*, cuyos manuscritos se conservan en el Archivo Histórico Provincial de Huesca, habían sido consultados por algunos investigadores —Cheyne o el propio Ara Torralba, principalmente—, su contenido había sido incorporado de manera parcial a ensayos y estudios, pero apenas eran conocidos más allá del círculo estrecho de los expertos.

Nosce te ipsum, como apuntaba Juan Carlos Ara, fue el complemento necesario de las *Memorias*; títulos ambos de la misma época, fruto, por lo tanto, del mismo talante angustiado, contradictorio y atormentado del joven montisonense. Las *Memorias* reunieron anotaciones firmadas entre 1864 y 1880; es decir, entre los diecisiete y los treinta y cinco años del autor. Bajo el título de *Nosce te ipsum*, se publican los cuadernillos así titulados por el propio Costa, junto con algunas “Notas [biográficas] sueltas” de elevado interés. Los escritos editados en 2021 se extienden entre mediados de 1868, cuando el autor no había cumplido aún los veintidós años, y 1872. Costa escribió la mayor parte de estas confesiones en Barbastro, mientras trabajaba en una empresa de extracción de aceite, como pupilo y protegido de Hilarión Rubio,



Cubierta de la edición de *Nosce te ipsum* y otros textos autobiográficos de juventud (2021).

aunque las concluyó en Madrid, a donde se desplazó en octubre de este mismo año, 1868, para ejercer como profesor en el Colegio Hispanoamericano de Santa Isabel, dirigido por otro de sus mentores, su tío José Salamero.

Ara Torralba se pregunta con razón para quién escribía Costa estas anotaciones íntimas. Y no es un asunto menor si se trata de entender cabalmente unas páginas donde el autor se sirve incluso de criptogramas para ocultar confesiones y pensamientos. Así, los cuadernillos denominados *Nosce te ipsum* vienen encabezados por una inequívoca advertencia inicial: “No leáis el secreto de mi alma”, mensaje oculto bajo jeroglifos. Pero al mismo tiempo el propio Costa desvelaba en sus notas algunas claves para descifrar su “escritura secreta particular”. En otro momento, apuntaba en uno de los cuadernillos:

Ahora he principiado estos apuntes de *Nosce te ipsum*, que, una vez terminados, serán curiosísimos para mí, especialmente cuando me halle en edad avanzada. Lo escribo para mí solo y lo escribo a correr de pluma [...]. (p. 23)

Sin embargo, no se trata de desahogos o de lamentos juveniles sin mayor trascendencia. Costa pretende preservar su intimidad, pero hace gala de una prosa fluida, cuidada, y de un despliegue admirable de referencias históricas y culturales. Así, una tensión muy moderna entre lo privado y lo público atraviesa estas páginas, destinadas, en última instancia —cabe concluir—, a la posteridad. Prueba de ello es que el autor las conservó siempre y las legó a sus herederos. Las mismas contradicciones afloran en el capítulo denominado *Semblanzas*. Con la admonición inicial de “Reservado”, Costa traza aquí el retrato de veinte personajes anónimos de su entorno más cercano, incluido él mismo. Claro que al principio el autor anotaba también las iniciales de cada uno de los elegidos. Así pues, incluso cuando esbozaba estampas descarnadas de sus más próximos, el joven escritor oscilaba entre el ocultamiento y la posibilidad de que sus reflexiones fueran conocidas y difundidas. En este caso, “tras muchos años de indagaciones”, Juan Carlos Ara propone una muy “posible resolución de los acrónimos”, según sus propias palabras.

Tanto las *Memorias* como *Nosce te ipsum* constituyen, además, como bien subraya Ara Torralba, hitos de relevancia en la muy escasa literatura autobiográfica del siglo XIX. También en este sentido Costa fue, pues, un adelantado a su tiempo. Estrechamente relacionado con el hipotético destinatario de los textos, se erige otro asunto de no menor interés: la intención última de estos escritos. El autor oscila casi siempre entre la lamentación y el orgullo: la queja por no haber contado con un entorno propicio, con un verdadero maestro que lo guiara, y el orgullo, por estar convencido de poseer, con todo, un talento excepcional, además de una inclinación gigantesca hacia la sabiduría. Ya en los primeros párrafos el joven autor esbozaba impresiones reveladoras en este sentido: “Mi afición a los libros era desmesurada”, “Como escritor, creo que hubiera yo sobresalido en todos los estilos”, desde temprano cobijaba un “deseo infinito de saber”. En suma, el joven Costa respira plenamente la atmósfera del Romanticismo, cree en los individuos como factor de cambio más que en los grupos sociales o en los sistemas políticos, aspira a quedar en la historia de la humanidad como uno de los grandes hombres que vislumbran el futuro y conducen inexorablemente hacia el progreso a sus semejantes. Tal y como anota Juan Carlos Ara, Costa reproduce en muchos puntos, seguramente antes de leerlo, *El culto a los héroes* (1841) de Thomas Carlyle, se empapa de Jaime Balmes y cita sobre todo a François-René de Chateaubriand; quiere configurarse a sí mismo, en definitiva, como uno de los grandes hombres en que creyó el Romanticismo:

Yo quería ser como ellos siendo más joven que ellos. Si había o no en mí fuerzas suficientes para alcanzarlos será ya siempre un misterio, pero es lo cierto que un instinto superior me elevaba hasta el trono de esos hombres, como un ideal sublime, en los inspirados arrobamientos de mi alma. (p. 31)

Obsesionado con su formación, esto es, con las posibilidades, aunque remotas, de alcanzar las altas metas a que aspiraba, Costa anota todos y cada uno de los libros que ha leído desde que tenía uso de razón, pero todavía con mayor interés deja constancia de todo lo que ha escrito, de lo que ya ha publicado, de los esbozos o proyectos que anidan en su cerebro. Y así

plasma con total evidencia la magnitud de su anhelo de saber, la exhaustividad de sus intereses: lo mismo se proponía confeccionar una *Clasificación artificial de los vegetales por medio de las hojas*, que una *Gramática hispano-francesa*, un *Diccionario francés-español-francés*, un librito titulado *La doctrina de Cristo y las creencias del cristiano*, un *Tratado de agricultura general*, una tragedia denominada *El Cinco de Marzo en Zaragoza* o un ensayo sobre el sistema de gobierno en España que se habría de titular *Confederación Ibérica*, etcétera. A pesar de un permanente descontento de fondo, anota Costa varias etapas de cierta satisfacción y progreso en su esforzado recorrido formativo: a partir de 1863, cuando se desplaza a Huesca y cursa en los años siguientes algunas materias en el Instituto, donde incluso sustituye temporalmente a algunos profesores; sus primeros y breves viajes a Madrid; la estancia de nueve meses en París, becado para participar en el Exposición Universal de 1867, que evoca como el verdadero despertar de su mente —“¡Oh! 1867 en las páginas de mi historia es el año de tránsito entre una vida que expira y otra vida nueva que principia, adivinada ya mucho antes por mi instinto, activo y profundo como la penetrante vista de un sonámbulo...” —, y la llegada de nuevo a Madrid en octubre de 1868 para ejercer como profesor en un colegio privado y cursar poco después estudios de Letras y de Derecho en la Universidad.

Con todo, en 1876 Costa es ya oficial letrado e inicia finalmente su etapa profesional, siempre accidentada e interrumpida por sus incursiones en la política y, sobre todo, por el estudio. En coincidencia con la Revolución de 1868, Costa se declaraba ya republicano federal y emprendía con total decisión el camino del racionalismo que lo apartaría definitivamente tanto de Hilarión Rubio como de José Salamero, ambos de inclinaciones ultramontanas. No obstante, a lo largo de las anotaciones Costa mantiene sus convicciones cristianas, si bien manifiesta tímida y ocasionalmente algunas dudas en materia religiosa. *Nosce te ipsum* concluye propiamente con una nueva queja, y esta de veras fundada, la reciente enfermedad que se le ha manifestado, distrofia muscular progresiva en su brazo derecho: “¡Desdichada vida la de aquel que ha perdido la esperanza y las ilusiones!...”, anota el Costa más trágico.

En suma, en la presente edición de *Nosce te ipsum* el lector apreciará enseguida un excepcional empeño de exégesis por parte del profesor Ara Torralba, que entrega al lector escritos de máximo interés no solo para ahondar en la personalidad de Joaquín Costa, finalmente uno de los grandes hombres que anhelaba ser, sino en el clima social del último tercio del XIX, cuando el país se desgajaba en plena contienda entre el tradicionalismo y la modernidad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Costa, Joaquín (2011), *Memorias*, ed. de Juan Carlos Ara Torralba, Zaragoza / Huesca / Teruel, PUZ / IEA / IET / IFC, Gobierno de Aragón (Larumbe, 73).
- (2021), *Nosce te ipsum*, ed. de Juan Carlos Ara Torralba, Zaragoza / Huesca / Teruel, PUZ / IEA / IET / Gobierno de Aragón (Larumbe, 105).
- Cheyne, George J. G. (1972), *Joaquín Costa, el gran desconocido*, Barcelona, Ariel (reed., con prólogo de Josep Fontana y epílogo de Eloy Fernández Clemente, Madrid, Ariel, 2011).